

CASTILLO DE HEIDELBERG.



Fachada de Federico IV del castillo de Heidelberg, cuadro de Stroobant, presentado en la esposicion de 1864.
SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII, 28

La fachada del castillo de Heidelberg, que mira á la ciudad, fué construida á fines del siglo XVI bajo el reinado de Federico IV. La puerta de entrada y la escalera que conduce á la plataforma principal, y las dos colosales torres que coronan esta fachada, son de un efecto extraordinario. Las estatuas del lado del patio de honor representan los palatinos y emperadores de Alemania: Carlo-Magno, Rodolfo, Luis IV, Ruperto, Oton, rey de Hungría, Cristóforo, rey de Dinamarca, Federico el Sabio, Oton-Enrique el Magnánimo, Federico III el Piadoso, Luis VI, Juan Casimiro y Federico IV. Algunas de estas esculturas son notables, así como las cabezas de león y los adornos tallados y sujetos al aire sobre los contrafuertes que sirven de base al primer orden de columnas.

El arquitecto, llamado Sebastian Gertz, natural de Suiza, se asoció á un artista, con el cual acabó en menos de un año todas las esculturas exteriores. Recibieron, segun dicen, 50 florines por estatua, 30 por cada fronton y 3 por los blasones colocados en lo alto del edificio, precios exorbitantes para aquella época.

En una parte del piso bajo de este palacio se habia construido una capilla, como lo indica una inscripcion colocada encima de la entrada: «Esta es la puerta del Señor, por donde entrarán los justos.»

EL ULTIMO DIA DE UN GRAN SOBERANO,

ó

AVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO.

(Conclusion).

SOLO DIOS ES EL VENCEDOR.

La cárcel donde fuimos arrojados, era mas bien una cisterna ó aljibe seco, á semejanza de las mazmorras de Argel y Túnez ó las prisiones Mamertinas de Roma. Por una abertura circular practicada en el techo, descolgaban suspendidos en una cesta de mimbres á los infelices destinados á sufrir la ira, cruelmente fria, de los afeminados descendientes de Aureng-Zeyb y Jehangir, que tiranizaban los fértiles países del Sind, casi reputados fabulosos por su hermosura incomparable. El aire y la luz penetraban á duras penas en aquel infestado encierro, donde toda comodidad tenia su asiento y la tristeza reinaba sin rival; al paso que el hedor ácre y nauseabundo producido por la repetida estancia de muchos seres humanos en un sitio del cual la limpieza y ventilacion estaban desterradas, afectaban los órganos respiratorios hasta el punto de ocasionar desmayos prolongados: la humedad que se filtraba de los muros y pavimento, aterian los miembros, sofocando en su origen las fuentes de la vida del miserable recluso en tan infernal calabozo.

Para mayor claridad, voy á explicarte en breves palabras el origen de nuestra desventura, retrocediendo algun tanto en el orden de los sucesos.

Ya sabes que la poblacion en la India, se halla dividida en cuatro castas principales: el tratar de su origen, mas ó menos probable, nos conduciría á disertaciones ajenas á este lugar; basta, para nuestro objeto, saber que en la

última escala social existen otras razas inferiores y como malditas, conocidas con los nombres de chandalas, párias, etc. Toda relacion con ellas es una deshonra que lleva consigo la infamia: no pueden poseer propiedad alguna; viven lejos de los hombres, y cuando transitan por las calles deben anunciar su presencia tocando sobre una tablilla, para que cada cual pueda huir evitando su encuentro: los códigos no señalan pena contra el que los diere muerte. Parece imposible que haya una creencia religiosa, respetada por muchos millones de individuos, capaz de sancionar con sus preceptos tan criminal degradacion: pero, sigue leyendo, y admira estremecido la sentina de abyectos errores á donde puede precipitarse la razon del noble linaje humano, abandonada á sus propias luces.

Aun existe otra raza mas degenerada que las referidas: sus miembros llevan el nombre de *pouluquis*. No se les permite vivir en las ciudades, ocuparse en trabajo de ninguna clase, ni mendigar recorriendo los campos de modo que puedan ser vistos por otra persona, pues en este caso cualquiera tiene derecho á matarlos en castigo de su atrevimiento: construyen su habitacion entre las ramas de los grandes árboles, y cuando el hambre les acosa, escitan la caridad lanzando gritos lastimeros desde lo alto de su nido. Los pasajeros ó labradores vecinos suelen socorrer su necesidad depositando en tierra algunos alimentos, pero tienen buen cuidado de huir inmediatamente para evitar la presencia del pouluqui, y dejarle holgura de bajar del árbol á satisfacer su apetito sin degradar á nadie ni aventurar su triste vida.

He aquí explicado, merced á esta ligera noticia, el original suceso acontecido con la familia del bosque. Tomemos ahora el relato en el punto que le dejamos suspendido.

Agotado el sufrimiento por los sinsabores que nos cercaban, esperábamos la muerte como remedio supremo capaz de llevarlos á remate, saludando cada dia con loco frenesí la claridad que iluminaba el calabozo al levantar la trampa que cerraba su boca para suministrarnos el arroz cocido y agua cenagosa que alimentaba nuestro padecer, no por el natural contento que infunde siempre la luz en quien tinieblas habita, sino como nuncio del mensajero que habia de conducirnos al suplicio. Llegó por fin una ocasion, no sé si diga feliz ó desgraciada, en que abierta la estrecha claraboya, vimos descender un hombre de aspecto brusco, ataviado militarmente segun la moda francesa, aunque conservando su traje algo de oriental y pintoresco. Al tocar en el suelo quedó parado sin saber hácia dónde dirigirse en medio de la oscuridad, en tanto que nosotros, habituados á ella tiempo hacia, le contemplábamos en silencio, llenos de admiracion al ser visitados por un europeo, pues á primer golpe de vista dejaba conocer su culta procedencia, esperando ansiosos las nuevas de que fuese portador. Al cabo de algunos momentos que necesitaron sus ojos para distinguirnos, sin mas preámbulos que adelantarse á estrechar nuestra mano, procurando componer el semblante para no afligirnos con su pesadumbre, desempeñó la mision funesta que allí le conducia.

Era un oficial francés de la legion europea al servicio del regente del Maissur, encargado por su jefe Mr. Roland, de noticiarnos que al dia siguiente estábamos condenados á ser pasto de los animales feroces.

—¿Y es un hombre, prorumpí sin poder contenerme, nacido en climas donde la civilizacion tiene su imperio, el que ha tomado á su cargo transmitir á compatriotas suyos tan inicua sentencia? Siempre hubiera creído que de tierra mas

salvaje buscarse el déspota feroz los mandatarios de sus criminales voluntades.

—Lo crítico de las circunstancias os turba la razón, querido amigo, repuso con tranquilidad el oficial, cuando así lanzais graves inculpaciones contra quienes están muy ajenos de merecerlas. Ni Haider, ni mucho menos el general, son culpables de vuestro fatal destino: el regente, fervoroso musulmán, aborrece y detesta el culto de Brahma, pero es el de la mayoría del pueblo que dirige, la religión de sus aliados, y no le es posible, cuando se halla empeñado en una guerra sin cuartel para la que necesita del auxilio de todos, despreciar las ideas recibidas hasta el punto de perdonaros un delito que ha sublevado contra vosotros la conciencia de la nación entera. Mr. Roland interponiendo su poderosa influencia ha conseguido cambiar las torturas lentas y horribles que debieran dar fin a vuestra vida en una lucha, encarnizada y sangrienta a la verdad, pero que al menos garantiza la muerte en breve término y, si bien remota, ofrece alguna esperanza de salvación; porque, tenedlo presente y preparad cuanto esfuerzo os sea posible, mañana al salir de la prisión, estoy autorizado para entregaros a cada uno un puñal y una cimitarra con que os podáis defender y quedar indultados si tenéis la suerte de salir vencedores.

—¿Pero será verdad que un impulso de ánimo generoso llevado a cabo con objeto de salvar la vida a seis inocentes haya de castigarse con penas tan atroces?

—El mismo rajá no pudiera librarse de ellas si hubiera cometido el atentado que vosotros. Habeis atropellado a un brahman, le habeis profanado con vuestro contacto, y el código indiano es inexorable en este punto. Los tormentos señalados al culpable asombran la imaginación. Les aprietan los dedos de la mano con cuerdas hasta que todos no forman mas que una sola masa de carne; despues se los separan con astillas de madera o planchuelas de hierro. A otros los atan boca abajo de una viga; luego les dan palos en la planta de los pies, que a fuerza de repetidos hacen saltar las uñas. En seguida les golpean la cabeza, terminando su inhumana tarea cuando la sangre brota en abundancia por la boca, oídos y narices de las infelices víctimas; por último, los hacen morir azotados con cañas de bambú cubiertas de espinas y varas venenosas de naturaleza cáustica que los abrasan a cada golpe. Esta era la suerte que os estaba destinada; comparadla con la que os espera y encontrareis la diferencia. Ea, pues, amados compañeros, valor, y hasta mañana. Conozco que mis palabras serian ineficaces para infundir en vuestros pechos el necesario aliento, pero me reemplazará un sacerdote de las misiones que pueda hacerlo con ventaja.

Nada faltó de lo que el oficial nos habia prometido. Al día siguiente, cuando el calor cedió en intensidad, fuimos conducidos a un ancho coso cercado por una fuerte verja formada de gruesos bambues aguzados por la punta, a cuyo alrededor se agolpaba inmenso gentío aprovechando la situación del terreno en forma de anfiteatro para disfrutar cómodamente el bárbaro espectáculo con que esperaba recrear su feroz instinto.

Suspende, hijo mío, la indignación que supongo escitada en tu pecho y no motejes al pueblo indiano tan criminal curiosidad: en las mas civilizadas capitales de Europa, si acaso ocurriese igual escena, serian fabulosas las cantidades ofrecidas por disfrutar buen asiento, pues ya se paga no pequeño precio por conseguir ventana o sitio conveniente a fin de contemplar a placer la decapitación o asfixia

de un hombre, cosa que no presenta la bella perspectiva con que nosotros íbamos a recrear a los moradores de Arcate, y en nuestra misma patria, donde aun no hemos llegado a tal punto de refinamiento, hace poco tiempo se vieron tres cadáveres pendientes de otras tantas horcas cercados de muchos miles de personas, congregadas como en alegre romería, y entre ellas ¡oh! lamentable ceguedad! podrían calcularse mas de ciento que se llamarían señoras, merendando con buen apetito ¡a la vista de tres ahorcados! Si deseas presenciarlo acude a la primera ocasión, que a buen seguro no dejará el cuadro de reproducirse: por ahora continúa leyendo el asunto interrumpido.

En un vistoso kiosko que dominaba toda la perspectiva se habia colocado el nabad asistido por su brillante comitiva, revestida con la pompa deslumbradora propia de las naciones orientales: bajo de él rugían, encerrados en jaulas de madera, los tigres, leones y elefantes mantenidos a expensas del erario, y al frente se abría la puerta por donde debíamos penetrar en la arena. Antes de poner en ella el pie nos prohibieron de orden del sublime nancim y bajo pena de su indignación, usar de otras armas que la cimitarra, escitándonos a bendecir la clemencia que tanto miraba por nosotros.

Resignados y no escasos de firmeza nos preparamos a la muerte con repetidos abrazos y encargos mútuos para nuestras familias, si alguno lograba sobrevivir a la terrible lucha.

Llegó por fin el momento de darla principio y un terrible león apareció en el circo, soltado contra el primero de mis compañeros elegido a la ventura. Encrespando el animal las guedejas del cuello azotó los ijares con la cola, y recogiendo sobre si mismo, de un salto poderoso se abalanzó sobre su víctima haciéndola presa en el brazo derecho. Entonces como avergonzado de haber errado el golpe, quedó sin movimiento hincado su diente en la carne palpitante pero sin renovar el ataque. El dolor, la desesperación, el deseo natural de libertarse de la cruel opresión que le destruía dieron fuerza al misero sentenciado y con la mano izquierda hundió su puñal por tres veces en el pecho de la fiera, con tanta fuerza y buen acierto que se vió a esta aflojar sus mandíbulas, retroceder algunos pasos y caer anegada en sangre al querer arrojarle a combatir de nuevo. —¡Perdon, perdon! exclamaron algunos movidos a lástima por la presencia del vencedor cercano a desmayarse. —¡No haya piedad, gritaba el mayor número, ha muerto a su enemigo traidoramente.

Un emisario de Haider llegó corriendo a buscar al sentenciado.

—Porque te has valido del puñal contra mi espesa prohibición para vencer a tu enemigo, mereces la muerte, pronunció el nabad.

Dicho esto le mandó abrir el vientre, lo que se ejecutó a vista de todos.

Paralizado de espanto fué conducido a la pelea el segundo de mis amigos, al mismo tiempo que hacían rodar la jaula de un hermoso tigre hasta ponerla dentro de la empalizada, donde la prendieron fuego para escitar la rabia de la fiera. Cuando ya las llamas acosándole por todas partes le tenían fuera de sí, abrieron la puerta, y el animal se arrojó enfurecido sobre la cerviz del acobardado europeo destrozándole en un momento.

Con este carnívoro enemigo, aun mas exasperado con su victoria, y a quien arrebataron su presa a fin de que no se cebase en ella, descuidando la que le presentaban, me

tocó sostener mortífera pelea. ¡Bendita sea la Divina Providencia, en cuyas manos resigné mi vida, que me sacó á salvo en trance tan apurado! ¡Oh, y cuán pequeño, flaco y desvalido debí parecer al presentarme á contrarestar la furia de aquel monstruo de fuerza y poder!

Con los ojos medio cerrados, la cabeza baja, avanzando paso á paso casi arrastrándose sobre el vientre y saboreando deliciosamente con su áspera lengua la sangre fresca de que su hocico se hallaba teñido, adelantó algún terreno, hasta que de improviso contrajo sus labios descubriendo los carnívoros incisivos, inflexibles como las cuchillas de una máquina, inteligentes como hierro asesino dirigido por brazo alevoso; lanzó un bramido estridente cual el rechinar de una sierra y quiso arrojar sobre mí salvando, á la manera de piedra disparada por rústica mano, el espacio que nos separaba. Pero yo le aguardaba prevenido espionando hasta el menor de sus movimientos: evité su acometida lanzándome á un lado con agilidad digna de competir con la suya, y dándole lugar apenas de tocar en tierra, herí sus dos patas delanteras con una fuerte cuchillada que impidiéndole renovar su avance me dió lugar de partirle la cabeza á fuerza de repetidos golpes de cimitarra sin dejarle tiempo de volver de su aturdimiento.

Segunda vez la torpe muchedumbre rompió el silencio que selló su labio durante aquella escena encarnizada, elevando ronco vocerío de aprobación en gracia del solaz que yo le había proporcionado. Alcé la frente entonces en medio del recinto donde campaba victorioso, para tomar un instante de respiro y contemplar el palenque bañado en sangre de hombres y bestias salvajes, los cadáveres de unos y otras destrozados por do quier; la jaula del tigre medio consumida elevando al cielo una ondulante columna de humo, cual gigantesca antorcha funeraria, y las apiñadas turbas de aspecto y vestimenta originales orlando el cuadro bañado por los últimos destellos de un sol de fuego que comunicaba sus rojizos resplandores á todo el panorama, en cuyo centro mi humilde persona, desconocida hasta entonces, era objeto de la general atención. Objeto también de incertidumbre y duda, porque al ser llevado á presencia del soberano, para que su omnipotente voluntad decidiese la suerte que hubiese de caberme, aun se dudaba cual podría ser esta. Pero en el movable rostro de Haider estaba pintada la satisfacción cuando fui conducido ante su vista y postrado, según uso establecido, reclamé el amparo de su justicia.

—Levántate, me dijo. Porque has combatido con valor, observando mis órdenes, quedas indultado y libre.

—Solo Dios es el vencedor, contesté haciendo memoria de la divisa escogida por los antiguos emires de Granada.

Fijó en mí su vista con interés el nabad, y añadió sin detenerse este versículo del Korán:

—El Paraíso está destinado para los humildes de corazón, que se refieren al Señor en todas sus cosas.

Oído lo cual repuse inmediatamente este otro pasaje del mismo libro:

—Dios ama sobre todo á los que hacen bien.

—Conozco las intenciones que te traían al Carnatic y para su realización te concedo una plaza de oficial de mis ejércitos y una bolsa de mil rupias (1).

De esta manera extraordinaria tomé servicio en las tropas del Maissur, siendo destinado con otros europeos á

la costa de Bombay con el encargo de disciplinar los regimientos indígenas que allí se organizaban.

AVANCE Y RETIRADA.

Mientras con mejor intención que buena fortuna procurábamos desempeñar nuestra penosa tarea, instruyendo militarmente á unas poblaciones muy poco á propósito para el caso, el intrépido Bussy reunido al ejército de Haider por medio de sucesivas y brillantes marchas, había quitado á los ingleses sus principales posesiones en la costa de Malabar y sitiaba á Mangalora, reduciéndola á punto de someterse á capitulación; Suffren por su parte dirigiendo una escuadra victoriosa logra dar alcance al almirante Hughes y se apresta á combatirle con fuerzas superiores, cuando recibe á bordo una comunicación de su enemigo en que le noticia haberse firmado los preliminares de paz en Versalles con fecha 20 de enero, entre los ministros de España, Francia y los americanos por una parte, y de otra los de la Gran Bretaña, ratificándose dicha paz el 9 del siguiente febrero. Lícito le hubiera sido no dar crédito á un enemigo reducido al último apuro, mas prefirió ser generoso y suspendió las hostilidades.

Bussy retiró sus tropas del territorio del Maissur y Haider-Aly quedó solo espuesto á la venganza de los ingleses, que pidiendo á toda prisa tropas y municiones á Bengala, contuvieron pronto, gracias á sus disciplina, los progresos de su terrible contrario. A pesar de esto Haider, aunque vencido en varias ocasiones, lograba reponerse de sus contratiempos dejando siempre dudosas victorias que parecían decisivas. Su hijo Tippoo había derrotado al general Matthews y Madrás estaba seriamente amenazado; pero los maratás instigados por los ingleses se declararon abiertamente contra el jefe del Maissur, los rajas siguieron la misma conducta, de manera que cercado por todas partes de traidores y luchando con intrigas hábilmente discurridas, murió lleno de pesar el 9 de diciembre de 1782, cuando iba á herir en el corazón á sus implacables enemigos, quedando con su pérdida el Indostan sin el único hombre que podía servir de obstáculo al maquiavelismo británico.

Apenas la Compañía supo la muerte de Haider-Aly, creyendo á propósito la ausencia de Tippoo, ocupado en combatir en la provincia de Tanjour, intentó sobornar á los principales caudillos del ejército indio; mas el primer ministro del difunto jefe, que había tomado á su muerte las riendas del gobierno, hace prender á dos oficiales superiores convictos de inteligencia con el enemigo, y el terrible castigo que sufrieron desvanece ó contiene los proyectos de infidelidad. Es en vano que el general Matthews trate de escitar á la rebelión á los habitantes del Maissur, todos permanecen fieles al hijo de Aly, que sin obstáculo empuña con mano firme el timón del Estado, y desdeñándose continuar prestando á los afeminados rajas del territorio los homenajes hipócritas que su padre les había prestado, dejándoles las señales exteriores de soberanía y ejerciéndola él solo como regente suyo, ocupa el antiguo palacio de los monarcas del país y toma el título de sultan que nadie se atreve á disputarle.

Entretanto los ingleses se vengaban de la fidelidad indiana con una guerra exterminadora. Las ciudades del Malabar eran saqueadas é incendiadas á su paso; atraviesan las montañas que separan la provincia de Canara de la costa de Bombay y complaciéndose en asolar aquella hermosa

(1) La rupia vale unos ocho reales.



comarca, difunden la muerte y desolacion por sus tímidas poblaciones.

Así las cosas, se difunde la nueva de que Matthews acampado á la vista de Onor, sabiendo que parte de la familia real se hallaba en Aumapore, ciudad edificada junto al nacimiento del río Tongebadra, cuyas aguas van á bañar los muros de Haider-Nagur, prepara un golpe de mano para sorprender la plaza, haciéndose dueño de los importantes rehenes y botín considerable encerrados en ella.

Todos los jefes ocupados en la organizacion de reclutas, habíamos sido destinados á guardar los pasos por donde debía llegar el sultan al nuevo campo de batalla elegido por la furia enemiga para ejercitar su implacable saña. Encargado de la custodia de un importante desfiladero, era yo uno de los mas inmediatos á la ciudad de Aumapore, á pesar de hallarse lejana cerca de diez y seis leguas de un camino pedregoso y desigual: mil hombres determinados obedecian mis órdenes, tan buenos soldados como es posible serlo á los peninsulares indios, cuando no son dirigidos por oficiales musulmanes ó europeos. Procuré infundir en su alma la firme resolucion de salvar á los hijos de su monarca ó perecer en el empeño, y emprendí la marcha aguijado á cada momento por las noticias alarmantes esparcidas por el tránsito acerca de los movimientos y avance de los destacamentos contrarios.

Como á la mitad de la jornada pasé revista á mi gente y no llegaban á seiscientos los hombres que me seguian, los restantes habian ido quedando tendidos entre los arrozales faltos de sufrimiento para seguir adelante. El sol tocaba á su ocaso y las avanzadas inglesas combatian las murallas del pueblo cuando llegué á su inmediacion: gracias á la parsimonia natural en los generales británicos aun era tiempo de socorrer la plaza. Ordené al punto mi pequeña tropa, reducida tan solo á dos centenares de soldados, si bien aunque pocos de ciego arrojo y esfuerzo acreditado, los cuales podia contar llevarian su ferocidad brutal al último extremo, á condicion de que yo dirigiese el ciego instinto que á falta de valor les hacia desafiar el riesgo.

A costa de cambiar algunos fusilazos, atravesamos en buen orden las lineas enemigas penetrando en la ciudad, donde todo era confusion y desorden: ni habia elementos propios con que organizar la resistencia, ni hubiera podido hacerse cuando ya los contrarios dominando las entradas principales y algunas importantes vias de comunicacion, se dirigian arma al brazo á posesionarse del palacio, objeto de sus deseos. Una descarga hecha casi á quemaropa al desembocar en la esplanada que daba ingreso á las habitaciones reales, seguida de un ataque brusco al arma blanca, contuvo á los invasores, que detenidos en su marcha triunfal por el fuego y el hierro de los indios, huyeron desparpados de un peligro tanto mas aterrador cuanto menos esperado. Aprovechando el desahogo que me proporcionaba la derrota de la columna rechazada, y persuadido no tardaria en volver con mayor empeño, dejé algunas fuerzas aparejadas á la defensa de la parte exterior, y acompañado del resto corrí al alcázar donde las mujeres y niños, asistidos de algunos eunucos llenaban el aire con su amargo lloro lamentando la suerte infeliz que les amenazaba.

—¡Pronto, pronto! exclamé presentándome de improviso en medio de la tímida concurrencia al frente de mi séquito, ¡en marcha sin perder un instante! Es menester abandonar el palacio inmediatamente y ganar el puente cercano para salvarnos en los espesos bosques de la ribera opuesta: la noche protegerá nuestra retirada. Vamos, pues, en

nombre del muy poderoso sultan; que nadie se oponga ni vacile si estima en algo su vida.

A mi voz todas las frentes se humillaron, el triste llanto suspendió su curso, y al agitado rumor de los gemidos sucedió profundo silencio, que apenas interrumpieron los acelerados aprestos de príncipes y favoritas al abandonar la mansion de voluptuosidad y delicias donde tan muelles placeres disfrutaban y de la cual salian fugitivos, oyendo á sus espaldas el horrible fragor de la pelea que á cada momento esperaban ver empeñada en derredor suyo. Y en verdad que pensaron con acierto al sospecharla sin misericordia, pues los fieros soldados que rodeaban á la familia real, escitados á vista de la sangre propia y ajena, cual alimañas carniceras que han olfateado la matanza, no era posible imaginar cianen si se les presentaba ocasion de satisfacer su delirio salvaje: terrible disposicion que yo contaba llevar al extremo en beneficio de los caros objetos puestos á mi cuidado.

A pesar de la diligencia que pusimos para llegar al puente, se habia anticipado el enemigo á ocuparle, segun vinieron á decirme los corredores adelantados para explorar el terreno. Esto nos forzó á cambiar de direccion volviendo sobre nuestros pasos sin esperanza de poner la corriente entre nosotros y los ingleses, que no tardarian en recorrer la márgen en busca de su presa codiciada. Con efecto, una partida de cipayos de caballeria se aproxima, no hay duda: los tiernos niños y débiles mujeres en vano quieren acelerar su marcha; unos caen, otros se atropellan, reina la confusion, se apiñan dominados de terror pánico en el centro del cuadro que dispongo forme la escolta sobre un recuesto inmediato; los jinetes enemigos aparecen y lanzan aullidos de júbilo al divisarnos creyendo segura la victoria; pero son recibidos con un certero fuego; se dispersan, tornan enfurecidos á la carga y á clavarse en las aguzadas bayonetas, y por fin vuelven grupas los que no quedan tendidos en el campo. Pero tambien muchos de los nuestros cayeron para nunca levantarse y la situacion se hacia cada vez mas insostenible: una pequeña poblacion existia cercana; en ella al menos podríamos alcanzar respiro y rendirnos con algunas condiciones ventajosas.

Sin abrigar ninguna idea favorable seguí la triste caravana costeando siempre las orillas del Tongebadra, cuando en uno de los remansos advertí sujeta una pequeña barca, abandonada sin duda por su dueño, temeroso de sufrir los azares de la guerra que señoreaba el país. Sin vacilar mandé hacer alto, y embarcando á los dos hijos de Tippoo-Saib y sus tres mujeres preferidas acompañadas de un par de hombres robustos, entré yo en el batelillo, dando ántes orden de que cada cual buscara su salvacion individualmente, si antes de media hora no recibian noticias de nosotros, y con esto y disponer remasen con brio los auxiliares que me acompañaban, á poco rato nos vimos á la otra parte ocultos en unos bosques de aloes y cocoteros (antes de internarnos en los cuales hicimos cocer la barca para mayor seguridad), desde donde contemplábamos el incendio y ruina de la ciudad que habíamos abandonado.

Un día pasamos en observacion esperando ser perseguidos; mas seguros ya de que nuestros enemigos no sospechaban el sitio que nos ocultaba, tomamos disfrazaos el camino de la fortaleza de Bangalore donde llegamos sin contratiempo alguno.

Después de estos acontecimientos el general Matthews puso sitio á Haider-Nagur, donde se hallaban depositadas las riquezas de Tippoo. Obligado el comandante de la plaza

á escuchar pláticas de capitulación, ofreció entregar á los ingleses la ciudad, la fortaleza, los tesoros y el erario público á cambio de un salvo-conduto para él y sus tropas, y promesa solemne de que serian respetados los habitantes. Ningun escrúpulo tuvieron los vencedores de faltar al tratado de la manera mas inicua. Apenas firmadas las condiciones fué preso el gobernador, se le cargó de grillos y comenzaron las ejecuciones militares contra el desgraciado pueblo. Pero el ansia de pillaje que hacia faltar á los ingleses á cuantos deberes impone la humanidad, ya que el honor militar fuese tenido en poco, estaba cerca de causar su ruina.

En medio de las considerables riquezas amontonadas por do quier, no pudieron convenirse en el repartimiento del botin, y á guisa de mortales adversarios, sin freno ni ley que contuviese su codicia, trabaron ruda pelea en las calles y plazas de la vencida ciudad, dejando en ella, como debida satisfaccion á los crímenes anteriores, mas cadáveres insepultos que la justicia pudiera reclamar en desagravio de sus fueros ultrajados. Muchos oficiales é individuos de tropa abandonaron el ejército tratando de poner su presa en salvo, y los que permanecieron, debilitados por escases de todo género vivaqueaban entre las ruinas de la ciudad atentos solo á vigilarse mutuamente, descuidando en su torpe ceguera el terrible vengador que les amenazaba.

En efecto, Tipoo-Saib á fuerza de jornadas dobles penetra en el Canara sorprendiendo á los ingleses; en el primer encuentro los derrota y hace perder mil quinientos hombres. Abrumados con el peso de sus ricos despojos abandonan la artillería y buscan en Haider-Nagur un asilo donde guarecer sus tesoros. Allí fué á encontrarlos el sultan, que despues de haber reunido á los habitantes dispersos llamando á todos los indios á la defensa comun, despertaba el odio contra los extranjeros refiriendo sus nuevos ultrajes. Cuantas ciudades ocupaban las tropas británicas le abrieron sus puertas; los invasores se vieron encerrados, al cabo de varios choques desfavorables, en las ruinas del pueblo que habian asolado, cuyas calles y plazas, obstruidas por los escombros y cubiertas de sangre, eran elocuentes acusadores de su mal proceder.

Tipoo, auxiliado heroicamente por los destacamentos europeos que tenia á sus órdenes, estrecha el sitio con tal vigor, que reducidos los ingleses á la mayor estremidad solicitan capitular á los diez y siete dias de trinchera abierta. En virtud de las condiciones ajustadas, la guarnicion rendiria las armas en el glacis; el dinero, pedrería y cantidades exigidas á la ciudad por el general Matthews como contribucion de guerra, serian restituidos, asi como tambien las sumas arrebatadas á los habitantes. Verificadas estas cláusulas del convenio se obligaba el sultan á suministrar los viveres y bagajes necesarios para trasladar los prisioneros á Bombay. Empero al firmar los ingleses esta capitulación sabian que no estaba en su mano ejecutarla: era imposible recoger los tesoros desparramados entre muchos, y los diamantes y piedras preciosas habian sido entregadas al hermano de Matthews para que las trasportase á Madrás. Encontróse, pues, la guarnicion á voluntad del vencedor irritado, que no se creyó en el caso de guardar consideraciones con un enemigo que ninguna respetaba. Los oficiales y soldados fueron reducidos á prision, y el general Matthews, que con su ejemplo habia autorizado el perjurio y la crueldad, fué envenenado con un brevaie indio que le hicieron tragar; su hermano, que se alejaba llevándose los despojos de Haider-Nagur, fué sorprendido

en las montañas vecinas, conducido á presencia del soberano y condenado á muerte.

Tipoo-Saib trasladándose al Malabar con su celeridad acostumbrada sitia á los ingleses en Mangalore y prosigue activamente la guerra contra la Compañía; pero la política inglesa, que sabe siempre humillarse á tiempo, no le deja el necesario para completar su triunfo. Los consejos de Calcuta y Madrás le ofrecen una paz tan ventajosa como pudiera satisfacerle, y se firma un tratado á fines de 1784 por el cual ambas potencias beligerantes se restituyen mutuamente las conquistas que habian hecho.

HEROISMO INFORTUNADO.

Quisiera, hijo mio, ser poderoso para dar algun descanso á tu ánimo, que se ponga fatigado con tan larga narracion de guerras y batallas; pero ¿en qué otro género de acaecimientos podrá ejercitarse la mal cortada pluma de un veterano, sino en aquellos que tanto agitaron su vida? Sacrifico bastante en recorrerlos á paso de carga, sin mas que hacer alguna ligera etapa en los mas indispensables para la inteligencia del relato. Asi continuaré hasta llegar al ya cercano término, hácia el cual reclamo tu atencion é indulgencia, en obsequio de la verdadera historia á que da cima y al pesar que me debes al referirle.

Restablecida la paz en los dominios de Tipoo-Sultan, aprovechaba el tiempo bonancible para restituir á su vasto imperio la riqueza y prosperidad que disfrutaba antes de la lucha terrible sostenida contra los ambiciosos mercaderes británicos. La industria, el comercio, la agricultura, las bellas artes y nuevos descubrimientos eran objeto de su inteligente solicitud. Habia fijado su residencia en Seringapatnam, ciudad situada en una isla formada por el rio Cauvery, que despues de servirla de defensa corre á bañar las diferentes provincias del Maissur. Esta feliz posicion le daba todas las ventajas de una plaza fuerte y las comodidades y lujo de una capital rica y poblada.

En ocho años que duró la tranquilidad fui distinguido por el sultan como uno de los oficiales mas allegados á su persona. Jamás olvidó los servicios que tuve ocasion de prestar á su familia cuando el desastre de Aumapore, y algunos hechos posteriores en que pude distinguirme y de que fué testigo presencial, hallaron tan favorable acogida en su ánimo generoso, que la recompensa escedió con mucho al merecimiento de quien nunca hizo otra cosa que seguir la senda trazada por el deber y la gratitud.

Mas los consejos de Madrás y Calcuta miraban recelosos el poderio adquirido por su formidable vecino, y no tardaron en hallar pretexto para renovar la guerra, que esperaban cediese en provecho suyo, atendida la creciente pujanza que habia adquirido la dominacion inglesa durante las administraciones de Hastings y lord Cornwallis.

Las reclamaciones de Tipoo para recobrar el fuerte de Granganore, de que los holandeses se habian apoderado en vida de su padre, fué la causa aparente que volvió á encender las hostilidades. No pudiendo los usurpadores oponerse á las fuerzas del sultan que en junio de 1789 se adelantó á tomar posesion de aquel establecimiento, cedieron sus derechos al rajá de Travancur, aliado de los ingleses, que dándose aires de lealtad se declararon sus defensores, rompiendo por tierras del Maissur con todas sus fuerzas reunidas al mando de lord Cornwallis y de sir Abercrombie. Sin haber medio de resistirles avanzaron hasta los muros de Seringapatnam y la pusieron sitio; pero apenas acam-

pados, las lluvias hicieron salir de madre al río Cauvery inundando las llanuras circunvecinas, y torrentes de agua destruyeron los preparativos de sitio, al mismo tiempo que la peste y el hambre debilitaban á los sitiadores haciéndoles levantar el cerco abandonando la artillería por falta de las necesarias acémilas, arrebatadas en gran número por una epizootia.

Sin duda ninguna hubieran sido destruidos los ingleses al emprender la retirada, á no acudir en su auxilio el subá de Decan y los marátas, distraiendo las fuerzas de Saib y obligándole á mantenerse á la defensiva. Dos años pasaron en combates irregulares en los que siempre Tippoo peleó ventajosamente contra enemigos multiplicados á cada paso, cuando en enero de 1792 los mismos coaligados que habían salvado los regimientos británicos á la vuelta de Seringapatnam, hicieron una irrupción en el Maissur incorporados al ejército inglés. Las tropas del sultan son rechazadas hasta los muros de la capital, de cuyas defensas exteriores no tarda el enemigo en apoderarse, al mismo tiempo que las fuerzas militares de Bombay dirigidas por Abercrombie se unen á Cornwallis, y los indo-britanos preparan sus columnas de ataque para un asalto general de infalible resultado. Es en vano que Tippoo trate de sacrificarse haciendo una salida vigorosa en la noche del 21 de febrero; rodeado de innumerables y encarnizados enemigos tuvo que retroceder convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para conjurar el destino, y temblando de cólera firma el 24 un tratado humillante por cual cedia la mitad de sus dominios, se obligaba á satisfacer un tributo considerable como indemnización de los gastos de guerra, á restituir los prisioneros y á ceder en rehenes como garantía del convenio dos de sus tres hijos mayores.

No sin vivos alfilerados aceptó el sultan esta cláusula postrera: estaba tan acostumbrado á la perfidia de sus adversarios que sintió le arrancaban el corazón á pedazos al salir los jóvenes príncipes de la fortaleza para encaminarse al campamento inglés. Silencioso, articulando á veces algunas tristes frases que le dictaba su dolor profundo, subió á la muralla y los acompañó con los ojos hasta perderlos de vista. Un grupo de oficiales europeos le habíamos seguido cautelosamente, recelando pudiera conducirle la desesperación á intentar algún acto indigno de su grandeza. Volvióse á tiempo que no pudimos ocultarnos, y lejos de mostrarse ofendido, pareció complacerse al ver la parte que manifestábamos tomar en sus pesares, según el desconsuelo que nuestros semblantes indicaban; por eso fué que deponiendo las trabas impuestas por la majestad de soberano se arrojó entre nosotros estrechando contra su pecho á los que mas inmediatos se hallaban y exclamó con acento tan penetrante que aun le siento vibrar en el fondo de mi alma:

—Venid, oh compañeros leales, cuya fidelidad ha sido inaccesible contra las ruines arterias que han oscurecido la brillante gloria de vuestro dueño; venid, y sirvame tan noble cortejo del luciente fanal que ilumine la oscura noche en que sin camino ni senda, vaga perdido el antiguo valor, gloria y defensa de los amados del Profeta: venid al par de mí, digo de nuevo, y ya que presenciásteis la flaqueza, cumplid con el deber que habeis adquirido de suministrar el tónico apropiado á remediarla, sin parar mientes en la poca resignación de este siervo de Allah á sus decretos incomprensibles; pero la copa de revueltas hieles con que ha querido el Señor abreviarme, es tan amarga que he sentido mi ser estremecerse al apurar su contenido cual si

el ángel Azrael hubiera soplado sobre mi frente. Y no es tan sólo el verme despojado de los hermosos territorios, admiración y envidia de propios y extranjeros, causa bastante á entorpecer mis bríos, que bien pudiera un día recordarlos, ni tampoco el haber sido vencido (mal dije, juro á Dios, que fui vendido! mas ¿quién podrá ofrecerme lenitivo á la consideración penosa de haber suscrito que los hijos de mis entrañas sean ofrecidos como víctimas propicias á inocentes á un enemigo implacable, pérfido, incapaz de retroceder ante ningún género de vileza como redunde en su provecho? ¡Así estaba escrito!

Calló al decir esto, y cambiando con nosotros algunas palabras de consuelo, dando treguas al dolor y aderezando el continente de forma que los extraños no trasluciesen el menor indicio de abatimiento en varón tan esclarecido, nos encaminamos al palacio afectando respetuosa ceremonia para mejor disimular el quebranto.

Llegó por fin un tiempo suspirado en que pudo contar el jefe del Maissur con un formidable auxiliar para satisfacer sus agravios: el general Bonaparte acampaba en las orillas del mar Rojo y se puso en comunicación con Tippoo contra el enemigo común; pero las victorias de la expedición francesa pasaron como un relámpago, sin dejar sobre su huella otro resultado que la memoria de sus romancescas aventuras y al leopardo inglés establecido en el Mediterráneo en una posición formidable, y mas enconado que nunca contra Saib por sus negociaciones con el gobierno francés.

Luego que vió la Compañía desvanecido el peligro que tan en cuidado la tuvo, creyó llegado el caso de aniquilar de una vez el único rival que podía comprometer su existencia. A este fin hizo adelantar hacia el Maissur el ejército de Bombay reforzado con cuatro mil soldados sacados de Bengala, seis mil de las tropas británicas al servicio del subá de Decan y doce mil indios escogidos, todos al mando del general Harris. Preparóse Tippoo á sostener una decisiva campaña y partió de Seringapatnam al frente de seis mil hombres, yendo á tomar cuarteles á las inmediaciones de Sedascar, en observación del enemigo que se acercaba.

A corta distancia de este punto dieron principio las hostilidades. Una serie de hábiles operaciones seguidas de un combate afortunado, lograron dividir en dos trozos el ejército inglés; pero las tropas del sultan carecían de la firmeza necesaria para seguir un movimiento diestramente combinado, y la táctica europea recobró muy pronto la superioridad.

Todo el valor y habilidad del caudillo musulmán fueron inútiles para evitar la completa derrota de su ejército cerca de Malaveli, á ocho leguas de Seringapatnam, donde tuvo que replegarse al cabo de una retirada, si bien heroica desastrosa.

Apenas los acobardados restos de las milicias indianas se daban alguna huelga detrás de las mal defendidas murallas, embistieron la plaza los ingleses apoderándose de los fuertes avanzados. Conociendo Tippoo la situación apurada á que se hallaba reducido, solicita entrar en negociaciones, pero las que trata de imponerle el general Harris son de tal naturaleza, y tan corto el plazo de veinte y cuatro horas que le concede para cumplirlas, que no duda han resultado arruinar del todo su poderío y determina vencer ó sepultarse entre los escombros de su capital.

Los habitantes á quienes logró comunicar su valor desplegaron un heroísmo á toda prueba; pero las baterías in-

glesas hábilmente dirigidas causaban estragos irreparables: los muros estaban desmantelados, y con trabajo se hallaba en ellos sitio donde guarecerse del certero fuego de la artillería que por momentos hacia la resistencia menos posible. Por fin, el 4 de mayo de 1799 estaba practicable la brecha, y los sitiadores, protegidos con incesantes disparos de metralla salieron de sus atrincheramientos y atravesaron el río bajo el fuego de los indios. Sin detenerse en la orilla interior mas que unos breves instantes para reorganizar sus columnas de asalto, avanzan á paso lento con la calma y firmeza propia de las tropas inglesas, pero sin retroceder una pulgada. Es en balde que los soldados afghanes, escelentes cuando pelean á cubierto, traten de contener su marcha acribillándolos con sus certeros disparos, solo al montar la estensa brecha fueron detenidos los impasibles batallones por un puñado de europeos que seguíamos al sultan y su fortuna, á cuyo alrededor se apiñaron los habitantes. Entonces cada sinuosidad de la muralla, cada monton de ruinas se convirtió en fortaleza improvisada donde se combatía sin pedir ni conceder cuartel. ¡Oh, qué funerales tan heroicos y dignos del último suspiro de un pueblo ilustre y un soberano esclarecido! Semejante batallar no se borrará nunca de la memoria de las gentes. El mismo Tippoo acudió al punto donde mas empeñado era el combate, y situado detrás de un ángulo saliente de la muralla que aun se mantenía en pié, como á doscientos pasos de la brecha, estuvo haciendo fuego de carabina á los enemigos que se le presentaban. Su gran visir Rajá-Kawn que no se apartó de su lado, aseguraba despues que el sultan habia muerto tres ó cuatro europeos. ¡Empeño inútil afanar! Cuantos valientes defendían el paso estaban muertos ó heridos, los menos animosos huían derrotados y los enemigos avanzaban en número considerable. Viéndolo todo perdido en aquel sitio montó Saib á caballo dirigiéndose á la muralla interior con ánimo de prolongar la resistencia detrás de la segunda linea, en las calles y guarecidos por los edificios; mas al llegar á la puerta la encontró obstruida por la muchedumbre y no pudo abrirse camino para entrar en la ciudad.

Mientras esto acontecia, los ingleses habian atravesado el puente, echado sobre el foso del segundo muro, en persecucion de los fugitivos. A los primeros tiros, sintiéndose herido el sultan, dió tres ó cuatro pasos ganando terreno por entre la multitud; los sitiadores iban siempre adelante, y el estruendo de la fusilería atronaba el espacio. Tippoo recibió una bala en el pecho al mismo tiempo que su caballo, á quien habian atravesado una pierna, escitado por el dolor se encabritaba amenazando arrojar al jinete, sin que á éste le fuera posible revolverse, cercado como se hallaba de cadáveres y moribundos. Viendo Rajá-Kawn la comprometida situacion de su dueño acudió á sacarle de la silla, pero en los esfuerzos que empleó para conseguirlo cayeron ambos con el generoso animal entre los que muertos ó casi en la agonía lanzaban el último suspiro, viniendo un tiro de fusil á herir en un muslo al fiel servidor é impedirle realizar sus generosas intenciones.

En aquella hora habia cesado el fuego por todas partes reconcentrándose el combate cuerpo á cuerpo bajo la bóveda de la puerta, al rededor de Saib que yacia hundiéndose en un monton de cadáveres aunque, forzado espectador de su desgracia, despejada la inteligencia y atenta la mirada, cuando vió adelantarse un granadero enemigo, para quien era desconocido, con intencion de arrebatárle el precioso tahalí de oro: la poca sangre que al sultan que-

daba hirvió en sus venas al verse objeto de tamaño ultraje y tendiendo la mano parecia buscar desatentado un arma cualquiera, á falta de su rota cimitarra, con que morir rechazando cuantos desmanes le fueran dirigidos. Comprendí su intencion, porque á su lado hácia rato que me desangraba por cinco heridas de bayoneta, é incorporándome con trabajo le alargué mi sable, que recibió apresurado para sepultarle en el cuerpo del atrevido raptor. Otro segundo se presentó y tuvo la misma suerte. Despues vi al hijo de Haider alzarse en pié por un esfuerzo sobrehumano, dar algunos pasos en direccion á los ingleses y caer muerto á impulsos de una bala que le hirió en la sien.

Luego nada restó que hacer á los vencedores sino repartirse el botin.

Con la muerte de Tippoo quedó aniquilada la potencia mahometana en el Indostan, única influencia capaz de contrabalancear el poder británico, que supo hacer rivales y enemigos de ella á los jefes indios y trasladar el imperio de los antiguos conquistadores del pais á una Compañía de negociantes. ¿Podrá la política inflexible y paciente de la Gran Bretaña establecer su dominacion de una manera sólida entre los adoradores de Brahma y Visnú? ¿Redundará en beneficio del linaje humano el sinnúmero de iniquidades cometidas para conseguir este resultado? Solo Dios, omnipotente para sacar el bien del mal, guarda entre sus divinos arcanos la resolucion de problema tan difícil. Quizá la eterna inmovilidad de las castas fijas á orillas del Ganges y degradadas por el mas absurdo pantheismo, sea conmovida á impulso del violento empuje que la raza de Jafet comunica á cuanto con ella se avecina, entrando á ocupar su puesto en el camino que la humanidad recorre desde los primeros tiempos.

Terminada la campaña, todos los europeos cogidos con las armas en la mano fuimos conducidos á Inglaterra como prisioneros, donde, tributando homenaje á la verdad, debo confesar se nos trató bien, dándonos libertad al poco tiempo. Privado yo de regresar á mi pais, amenazado como estaba de una sentencia de muerte, resolví establecerme en Londres, donde contraí matrimonio y viví tranquilo, hasta que comenzada la guerra de la independencia española, habiendo escasez de oficiales prácticos en los ejércitos nacionales, vine á servir en ellos recomendado por el gobierno de Jorge III, y absuelto de todo cargo anterior.

He llegado al término de la tarea que te debia años hace; pero no quisiera la considerases como solo adecuada para satisfacer una curiosidad pueril: reflexiona despacio y verás en ella las consecuencias á que me arrastró un falso pundonor reprobado por la ley divina y por la razon natural. Si acaso algun dia tu defensa propia ó el interés de la patria reclamasen el sacrificio de tu vida, ofrécela gustoso en holocausto, que sagrado deber cumplirás con eso; mas cuando algun pendenciero llegase con criminal frenesí á provocarte en desafio, ten presente que mas valor se necesita para negarse á reñir que para aceptar el reto, y que ninguno de los grandes héroes ha dejado fama de espadachin.

Así concluyen las memorias de mi abuelo: si no te han hecho bostezar, curioso lector, y recuerdas alguna vez las prudentes reflexiones contenidas en ellas, que yo no aumento con otras de mi cosecha por no alargar el presente artículo, me daré por satisfecho.

DIONISIO CHAULIÉ.